

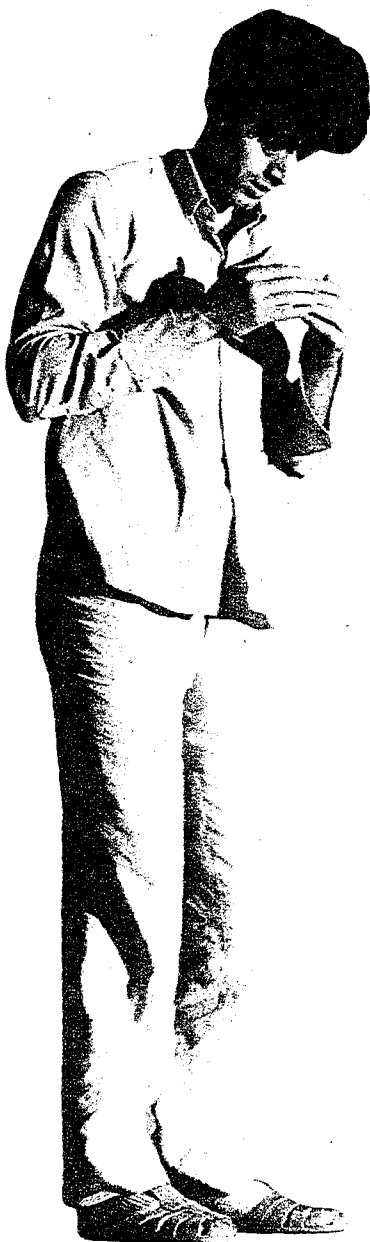
Tiempo de silencios

La sombra de la «Caixa» —entidad de ahorros omnipresente en Cataluña— se extiende sobre el teatro catalán como un hectoplasma que decide y dictamina a su antojo. En esta crónica se dan algunas indicaciones sobre la política teatral que suele seguir.

CUANDO en todo el mundo la temporada teatral enciende sus luces más diversas, Barcelona parece haberse trasladado al hemisferio sur donde, con el verano, reina la vacación. Aquí —no digamos ya en el resto de Catalunya— es tiempo de reposiciones y silencios. No se estrena nada y, peor todavía, no se prepara casi nada. Los proyectos se cuentan con los dedos de una mano pequeña. Los proyectos en vías de ejecución, quiero decir. Los otros, muchos sin duda, son como los electrodomésticos: pertenecen al mundo de los plazos.

La profesión sigue con su furor infantil, al amparo de una Caixa omnipresente. Nunca tantos niños fueron tan bien tratados teatralmente. También se trabaja para los adultos, pero mucho menos.

Algún día habrá que analizar con detenimiento la acción teatral de «La Caixa». Es nuestra «Ford Foundation». En sus despachos culturales, algunas personas canalizan la actividad dramática catalana. Como todas las empresas financieras (pero ésta sin ánimo de lucro) tiende al ideal del monopolio. Hoy ya casi puede afirmarse que un espectáculo sin el soporte de



«Antaviana», un éxito aislado que puede ser mítico

la Caixa no resulta viable en Catalunya. No es un reproche, sino una constatación. Tal vez la Caixa no pretenda conseguir ningún monopolio. Simplemente, no tiene rival, carece de competidor. Porque, ¿cómo vender hoy un espectáculo cuando los que ofrece la Caixa en sus circuitos resultan gratuitos?

¿Quién tomaría un autobús si los taxis trabajasen por amor al prójimo?

Resulta, además, perfectamente lógico que la Caixa tenga algún criterio sobre lo que debe ser el arte escénico. El trato con el arte hace nacer ideas sobre el arte, adecuadas a una visión general del mundo. La Caixa sabe qué deben ver, y cómo, sus impositores o, al menos, qué deben ver para seguir siendo clientes, para atraer a otros. Puede que esas ideas no coincidan exactamente con las de la clientela (al fin y al cabo no son clientes ideológicos, si cabe la expresión), pero las defienden sin referéndum previo. Cuentan con otro voto: el de las asistencias. Y puede, por ejemplo, no gustarle nada, a la Caixa, determinado tipo de escenas, en especial las que antes se llamaban «escabrosas». Apenas corre la voz entre la profesión («el Woyzeck no gustó», verbigracia), los grupos postulantes tienden, suavemente y en silencio, a no incluir imágenes fuertes en sus creaciones aparentemente libres. Y así, la Caixa, en el pleno ejercicio de sus derechos, va configurando hábitos y gustos teatrales, además del gusto ahorrativo.

Insisto en que no es un reproche, sino la mera descripción de un panorama.

Mientras, los teatros reponen sin acabar de reponerse. Vuelve la feliz «Antaviana», siempre en fragor de multitud. Vuelve al Romea. Los de «Antaviana» están en vías de repetir aquel éxito, casi mítico, que tuvo a principios de los setenta «El retaule del flautista». También es un espectáculo que puede verse dos o más veces. El poder de seducción de Pere Calders no se diluye en una sola noche.

Y, en el Lliure, Rosa M. Sardà luchará con su «Rosa i Maria» contra el sabor a hiel de un «Concili d'amor», de amor no consumado porque el Ministerio también tiene sus ideas personales. Recemos, pues, el enésimo Misterio de Cultura.

Jaume Melendres

En retirada

Hacer turismo por Escandinavia cuando se arrastra un bagaje como el que llevan consigo los protagonistas de la novela que esta semana ha elegido nuestro crítico, puede resultar toda una odisea. Lo es, a su manera, aunque en definitiva lo que se defiende aquí es básicamente la portada.

LA portada es una de las más atractivas que han aparecido últimamente por aquí. Un sugestivo dibujo de Gallardo y Mediavilla que de entrada le empuja a uno a leerse el libro sin más tardanza. El título tiene una conseguida sonoridad: **Sisabana**; al revés, **Anabasis**. ¿Tiene algo que ver el **Anábasis** con esta historia? Cualquiera sabe. De primeras, nos encontramos con una cita de esas orientadoras que a veces no orientan para nada ni falta que hace:

«Como no pare de llover la hemos jodido.»

Jenofonte. **La retirada de los diez mil.** (apócrifa)

¿Pero la novela de qué va? Bueno, no hay diez mil griegos, ni una Persia llena de peligrosos enemigos. Tenemos a tres españoles, un automóvil y una oriunda sueca afincada en Barcelona. El territorio enemigo en todo caso son los países escandinavos, que recorren en corto periplo turístico camino de Polonia para asistir a un congreso internacional de ciencia-ficción. No hay heroísmos por ningún lado. ¿Y retirada? ¿La hay? Well, la expedición de esta gente participa de la curiosidad inquisitiva común a todos los viajes, pero a medida que vamos conociendo a los personajes, nos damos